

Amnesia y represión: una encrucijada a la memoria del conflicto político. Y una serie de intentos por establecer un proyecto de memoria desde una práctica estética.

Por Carlos Motta

Originalmente presentado en el Auditorio “Bicentenarios después de la invención” de arteBA’10 organizado por Gabriela Rangel.

A través de proyectos artísticos busco reflexionar sobre hechos políticos e históricos con la intención de entender el efecto que éstos tienen en la formación de la subjetividad y en la manera en que vivimos nuestras vidas. Me ha interesado particularmente sugerir miradas alternativas de la historia, subrayando instancias en las que el poder opresor construye o destruye procesos de memoria individual o colectiva de conflicto y violencia.

Voy a discutir dos proyectos de video recientes que intentan ofrecer un espacio para la articulación de la memoria desde la estética. Basaré mi reflexión en el concepto de “justicia narrativa”, una idea de justicia desligada del campo judicial y centrada en la narración y la comunicación como pilares de una posible reconciliación. Me interesa esta idea porque me permite hacer uso de las estrategias de la ficción, el video documental y la performance para intentar construir espacios de interacción sociales y políticos basados en el recuerdo.

Antes de mostrarles o de discutir estos trabajos deseo comenzar con una reflexión acerca de lo que considero la falta de una cultura de la memoria dentro del contexto del conflicto político colombiano, un contexto que me es cercano y que ha sido fuente de inspiración para el desarrollo de mi obra. Mi intención no es exponer posiciones ideológicas personales, sino buscar recursos para discutir una historia y una obra en construcción.

Esta semana las noticias colombianas anunciaron a Juan Manuel Santos como vencedor de la elecciones presidenciales del 2010. Santos, el candidato oficial del partido de la “U”, ganó con una votación favorable de casi el 70%. Los resultados no son una sorpresa para nadie, pero no dejan de ser una gran desilusión. No tanto porque la mayoría de los colombianos haya decidido continuar con el legado del presidente Uribe, sino porque los resultados reiteran lo que considero la obstrucción a un posible proyecto de memoria del conflicto armado que ha azotado a Colombia desde los años de La Violencia.

El conflicto colombiano es demasiado complejo para describirlo en pocas palabras, pero se puede afirmar que es un conflicto de clase, ideológico y económico. Es también un conflicto alimentado por la producción y tráfico de drogas ilícitas, y protagonizado por guerrillas, paramilitares y fuerzas militares del estado. Es un conflicto de poderes políticos enfrentados y es, sobre todo, un conflicto pertinaz, degradado y vigente. Estas tres características han impedido tanto un proceso sistematizado del recuerdo de sus víctimas en el ámbito social y cultural, como el proceso de hacer justicia institucional mediante la asignación de responsabilidad a los múltiples autores de la violencia. ¿Cómo se puede pensar en recordar o conmemorar un conflicto que no termina? Situaciones de conflicto en países tales como Guatemala, Sur África

y Argentina, por ejemplo, han demostrado cómo las Comisiones de Verdad y Reconciliación, los juicios civiles y militares y el fomento de una cultura del recuerdo desde el campo de la cultura y la educación han permitido que la memoria se construya y la historia se escriba desde perspectivas revisionistas.

En la historia reciente de Colombia, además de la tragedia humanitaria que significa una población de cuatro millones de personas desplazadas de sus tierras por los actores armados, se han presentado una serie de casos puntuales de violación de derechos humanos, de irrespeto a la vida humana y de manipulación política que me han resultado especialmente reveladores. Estos casos, a pesar de haber sido denunciados públicamente y de ser conocidos por la población civil, no han sido oficialmente juzgados, ni las responsabilidades claramente reconocidas y, por lo tanto, son heridas abiertas que se niegan a sanar. Como ejemplo, quisiera mencionar dos hechos, que en dos momentos históricos diferentes, han involucrado a las fuerzas armadas del estado colombiano en la violación de derechos humanos. Al mencionar estos ejemplos no busco tomar partido o llevar a una mirada polarizada del conflicto, ya que las guerrillas colombianas y los otros actores del conflicto comenten acciones de igual barbarie. Lo hago con el ánimo de subrayar la inminente fragilidad y la falta de respeto a la vida en Colombia.

Primero, el caso más reciente, es el de los llamados “falsos positivos”. Como resultado de los incentivos ofrecidos por el gobierno nacional a los militares que produjeran resultados positivos en la lucha contra los actores armados, especialmente contra la guerrilla de las FARC, miembros del ejército colombiano instauraron una práctica macabra que consiste en el asesinato de civiles inocentes para hacerlos pasar como guerrilleros muertos en combate. Estas ejecuciones extrajudiciales causaron un escándalo político en 2008 y han comenzado a ser sancionadas, pero su mera existencia exige el diligente cuestionamiento de las políticas de un gobierno durante el cual se pudieron desarrollar tales acciones. Segundo, el exterminio sistemático de los miembros la Unión Patriótica, un partido político de izquierda, fundado en 1985 como parte de una propuesta política legal de varios actores sociales, entre ellos las FARC y El Partido Comunista Colombiano. El partido se consolidó de manera independiente a la lucha armada; sin embargo, 2 candidatos presidenciales, 8 congresistas, 13 diputados, 70 concejales, 11 alcaldes y miles de militantes fueron asesinados por grupos paramilitares, elementos de las fuerzas de seguridad del Estado colombiano y narcotraficantes. Otros cientos de sus miembros fueron desplazados dentro y fuera del país en casos que en su mayoría no han llegado a ningún tribunal de justicia sino que propagan un régimen del silencio y el temor a la libertad de expresión política

Estas dos situaciones han dejado miles de víctimas que buscan justicia judicial y social. Los exiliados, los desplazados y sus familiares se han organizado de diversas maneras para recordar, denunciar y actuar. Pero al no encontrar apoyo de las instituciones del gobierno permanecen como minorías cuyo dolor no es reconocido como se merece.

Un proyecto de memoria del conflicto armado es un proyecto social y cultural pero es también un proyecto de justicia. Personalmente considero que Colombia es un país que tiende a refugiarse en la amnesia, tal vez por un instinto de

supervivencia o de autoprotección. A pesar de las recientes iniciativas del Estado para hacer visibles las víctimas, en Colombia olvidar el pasado es común, sin importar cuantas veces se repitan sus imágenes frente a nuestros ojos; olvidar a los asesinados y desaparecidos es habitual. Por esto Colombia tiende a ser un país injusto que está en deuda con sus víctimas.

En el campo artístico, la atención a las víctimas ha sido central en el conmovedor trabajo escultórico de la artista Doris Salcedo y en el de los videastas Wilson Díaz y Edwin Sánchez. Estas iniciativas son, sin embargo, escasas en el panorama cultural colombiano. Mi intención es adherir a estos intentos y considerar el importante rol de la memoria como estrategia de reconciliación social, cultural y tal vez política a través de proyectos artísticos.

Para ilustrar estas ideas les voy a presentar dos proyectos recientes a través de los cuales he intentado forjar un concepto y proyecto de memoria de conflicto alejado de la esfera judicial y cercano a una práctica estética. Por estética entiendo acá una esfera extraoficial, artística, efímera y de carácter histórico basada en la narración, la representación, la ficción y la comunicación entre ciudadanos: una justicia narrativa.

“Seis actos: un experimento de justicia narrativa” es una serie de seis actos performativos que se realizaron en marzo de 2010 en varias plazas públicas de Bogotá durante la campaña electoral presidencial. Seis actores leyeron discursos políticos históricos originalmente pronunciados por seis candidatos presidenciales que fueron asesinados a causa de su pensamiento político: Rafael Uribe Uribe (asesinado en 1914), Jorge Eliécer Gaitán (a.1948), Jaime Pardo Leal (a.1987), Luis Carlos Galán (a.1989), Carlos Pizarro (a.1990) y Bernardo Jaramillo Ossa (a.1990). Todos los discursos insisten enfáticamente en la necesidad de pensar en la paz como el primer elemento para la rectificación del desigual orden social en Colombia. Los actores representan una variedad de identidades colombianas: son ciudadanos de diferentes orígenes sociales y étnicos.

Estas acciones intervinieron la vida cotidiana con la intención de repetir, subrayar y recordar las mismas palabras de denuncia que costaron la vida a estos líderes políticos. Asimismo, buscaron a través de la representación y la ficción volver sobre momentos históricos importantes del conflicto con el deseo de despertar encuentros entre los transeúntes/audiencia que permitan reconsiderar el valor de esas ideas castigadas. Con esta obra me interesaba acercarme a la historia desde la “ficción documental”. La ficción en este caso me permite forjar un espacio de recuerdo mediado por estrategias artísticas.

Un par de meses después de realizar estas acciones, durante la campaña presidencial comenzaron a aparecer en las calles de Bogotá los carteles originales de las campañas de Bernardo Jaramillo Ossa y Carlos Pizarro León Gómez de 1990. Los dos candidatos fueron asesinados durante la campaña presidencial de ese año. Los dos representaban ideologías de izquierda: Jaramillo era el candidato oficial de la Unión Patriótica y Pizarro, por su parte, había sido el líder de el Movimiento Revolucionario 19 de Abril, una guerrilla que entregó las armas y se consolidó como partido político.

No sé quién fue el autor de estas intervenciones pero soy simpatizante de esa acción ya que son pocas las voces de resistencia y oposición que con un discurso de respeto a la vida e inclusión han tenido cabida en la cultura política de Colombia. Los carteles alusivos a los candidatos asesinados cumplieron la función de subrayar la ausencia de un discurso de oposición y de rectificación social desde el campo de la representación.

El segundo proyecto que quisiera mencionar es el video en proceso “Quiero contar una experiencia muy particular de lo que es la represión” (2010), una colaboración con Josué Euceda, un estudiante de medicina en Tegucigalpa, quién fue testigo de varios actos de represión en contra de manifestantes de la resistencia al reciente golpe de estado en Honduras.

Josué tiene un discurso político articulado y quiso compartir conmigo sus experiencias e ideas con la intención de narrar el abuso brutal de la ciudadanía por parte de las autoridades policiales. Juntos escribimos una narración basada en su vivencia. El video presenta a Josué, desde su casa en Tegucigalpa, contándome, vía Skype, la historia de las agresiones físicas? los golpes físicos que presencié y del deseo de supervivencia de un movimiento de resistencia. Estética y conceptualmente quisimos hacer referencia al periodismo de blogs descentralizado que ha permitido tener acceso a versiones extraoficiales de eventos de esta índole.

Este proyecto, de manera similar a “Seis actos: un experimento de justicia narrativa”, busca presentar una narrativa alternativa que considera la importancia de la vida humana, el rol de la ciudadanía y un entendimiento plural del concepto de la democracia. De manera similar a Colombia, Honduras busca la resolución de un conflicto polarizador. Asimismo, los hondureños buscan dar testimonio, difundir y narrar con la intención de cambiar la historia, para poder reconciliarse con las fuerzas de opresión.

Para terminar quisiera hacer eco de las últimas palabras de la introducción del libro “Guerras, memoria e historia” del historiador colombiano Gonzalo Sánchez que dicen: “Para darle un sentido al conjunto de mi obra, he escogido la dupla Memoria (individual y colectiva) e Historia (devenir de proceso real), o si se quiere, subjetividad y racionalidad discursiva. Lo que sigue es un intento de reconstruir sus múltiples conexiones, entrelazando mis vivencias mas cercanas de la guerra contemporánea con las que están más allá de mi memoria personal, en las guerras civiles inscritas en tiempo social de la historia de Colombia, y con el contexto político-cultural que me ha tocado vivir.”